monotonas, solitarias, tristes, como una larga existencia al llegar á su término, y que tanto se alegran, se visten de huertas y naranjos al acercarse á Sevilla, porque Sevilla es su querida, y fueron los confidentes de sus amores los poetas antiguos y lo son los modernos; que el amor no tiene secretos para la poesía, ni la poesía para el amor; así como no los tienen el alma y el corazon.

Llegó de noche. Alumbraba la luna con su serena luz á la naturaleza, arrullada en su dulce *farniente* por el canto del ruiseñor, que tiene una indefinida emocion que llena de lágrimas los ojos; por el sonido de las guitarras, que esparcen pensamientos de amor, y por la perfumada brisa, que la refrescaba, como á una hurí el aire de su abanico de olorosas plumas.

Cárlos no quiso desde luégo entrar en la dormida ciudad, y se quedó vagando por aquellas calles de árboles de los paseos, entre cuyo ramaje brillaban aún algunas luces de los reverberos, que parecian rayos que el sol hubiese olvidado, escondidos como estaban entre la hojarasca.

Es preciso tener en Sevilla su patria y sus amores, para enajenarse y gozar, como lo hacía Cárlos de la felicidad del regreso—¡que se compra tan cara con la ausencia!—y saborear como él la encantadora armonía que entre sí tienen el amor, la primavera, los cantos, la soledad y la luna; astro que está, como el corazon que ama, entre el cielo y la tierra.

CAPITULO XXV.

Daban las siete cuando el jóven llamó al torno de las monjas de Madre de Dios.

—Voy á llamar á la Madre tornera,—dijo una voz que le era bien conocida.

—¡María!—exclamó el jóven.

—¿Quién me llama por mi nombre?—preguntó la misma voz.

—¿No me conoces, María?

Un grito vivaz de alegría resonó detras del torno, y se oyeron pasos precipitados alejarse, al mismo tiempo que estas palabras: «¡Lo sabía! ¡Sabía que habia de venir! ¡Ni un momento dudé! ¡Yo sé lo que es querer!»

Llegó entónces la Madre tornera, y habiéndose hecho conocer Cárlos por el hijo de la marquesa de Valdejara, le dió la llave para que pasase al locutorio.

Cárlos entró en una pieza vasta, entrelarga; á la

izquierda de la puerta, en el fondo, se hallaba una grande y fuerte reja doble, detras de la cual se extendia una gran cortina negra; sobre esta reja se leia esta inscripcion:

NOSTRA CONVERSATIO IN COELIS EST.

Del lado opuesto, una pequeña ventana enrejada y abierta cerca del techo derramaba por el ámbito con perfecta igualdad una grave y pálida luz, cuyo reflejo moria sobre la cortina negra. En la pared, frente á la puerta, colgaba un cuadro de grandes dimensiones, que representaba á Santa Cecilia renunciando en sus bodas á las seducciones del amor, convirtiendo á su marido al espiritualismo de su elevada fe, trasformando el tálamo en altar, coronado por los ángeles con blancas rosas.

Algunas sillas de rejilla y alto espaldar con filetes dorados guarnecian las paredes del locutorio, frias y albas como la nieve.

Cárlos sintió al entrar en aquel austero y silencioso recinto como si una mano fria se pusiese sobre su corazon y comprimiese sus latidos. Sucedíale como al vivo y brillante pájaro de los trópicos, al cual llevase su destino sobre las ramas de los pinos de la Laponia, cuyas hojas son témpanos: se estremece, sus alas se rinden, y su garganta se anuda.

Cárlos se dejó caer sobre una silla. De repente se descorrió rápidamente la cortina. Un aposento grande y claro apareció á los ojos deslumbrados del

jóven. En pié, en medio del cuarto, estaba Élia. Cárlos no pudo hablar y extendió los brazos hácia ella.

—¡Oh, Cárlos!—dijo ésta con el acento de la más pura serenidad y cariñoso contento.—¡Qué placer me das en venir para el feliz y solemne dia en que voy á pronunciar mis votos! ¡Sólo tú, entre las personas que quiero y me quieren, me faltaba!

Cárlos fijó los ojos en Élia como se fija la atencion sobre un enigma que se quiere adivinar.

No podia darse nada más bello que aquella encantadora aparicion, cercada de una aureola de luz. Sus ojos brillaban serenos, reflejando su alma amante y pura; sus cejas negras se dibujaban con nobleza en su plácida frente. La toca cortaba en línea recta esa frente, y ceñia el óvalo perfecto de su cara. Su hábito blanco, que caia en anchos pliegues hasta el suelo; el velo que ondeaba desde su cabeza hasta sus piés, daban á aquella figura juvenil una dignidad dulce y grave, y hacian que al mirarla se mezclasen en igual grado el respeto y la admiracion. En aquel instante parecíale á Cárlos que se marchitaban sus esperanzas como flores arrancadas á la tierra, y puestas en el altar de una Santa; pero sobreponiéndose á su dolorosa impresion, dijo:

—No vengo, Élia, para presenciar tus votos; vengo á impedir que los hagas; vengo á cumplir mis promesas, y á reclamar las que me hiciste. ¿Acaso las has olvidado? ¿Hásete borrado el recuerdo de lo pasado?

—Todo se ha borrado de mi corazon en el convento, á medida que ha aumentado mi gratitud, que lo llena todo.

—¡Y te atreves á decirlo! —exclamó Cárlos.— ¡Te atreves con esa misma mano que distribuye limosnas, que seca las lágrimas de los que padecen, que adorna los altares con flores, á clavar el puñal en el corazon del hombre que te ama, del compañero de tu infancia, de aquel que tu madre llamaba hijo!

—Me atrevo—contestó Élia—á alargársela para separarle de una senda extraviada, y traerle á la senda que debe seguir.

—¡Estas son las ideas que te han inculcado! Con eso, lo que han hecho es trazarte á tí la senda del sacrificio... ¡y á mí la de la desesperacion! Élia... ¿destruirias la felicidad del hombre que te ama únicamente y se llama tu compañero? Tú, tan dulce, tan buena... ¿serías ingrata y cruel? Tan jóven, tan hermosa... ¿serías bastante insensata para renunciar á los goces de la vida, aferrándote en un intento que todos deben reprobar?

—¿Y quién podrá culparme—respondió Élia—porque me separo de un mundo que cada uno de sus habitantes maldice? Hállame uno solo que esté contento con su suerte; hállame uno solo que diga: «El mundo me ha dado una felicidad constante, una tranquilidad inalterable; he conservado en él una conciencia pura, áun de rencor; ninguna palabra, ninguna sonrisa, ninguna mirada llegó jamás á herirme; he vivido sin temores y sin esperanzas, ó bien he visto realizarse los primeros y desvanecerse las segundas sin sufrir ni abatirme; no he encontrado ingratos y malévolos, ó bien no me han lastimado el corazon...»; hállame, Cárlos, en el mundo quien diga: «He visto huir la juventud sin sentimiento, he visto llegar la vejez sin repulsa»; hállame uno solo, y será una razon sólida que oponerme, un elogio práctico del mundo que convenza, un argumento que triunfe. ¡Cárlos! ¡rápida fué la ojeada que eché al mundo!... pero fué lúcida; ¡y la repercusion la he sentido en el corazon! La sensatez, á falta del dedo de Dios, me trazaria la senda que debo seguir: me es dulce y querida, y no me separaré de ella. ¡Sí, Cárlos, mis dias de silencio y de oracion se deslizarán semejantes y dulces como las gotas que destila el panal de la miel!

—Élia,—repuso Cárlos,—estás bajo la influencia de una exaltacion religiosa, que en este momento cubre tu vista, como una nube de incienso que te hace desconocer tu corazon, te ciega sobre tu porvenir y sofoca tus sentimientos. Pero yo no consentiré jamás—prosiguió con viva agitacion—que tiranices tu suerte y sepultes tu porvenir; á mí has prometido tu fe, á mí has jurado pertenecer; á mí estás ligada desde el dia en que con el anillo de esposa admitiste sus derechos y sus deberes. No puedes disponer de tu destino, que me pertenece. ¡Sabré hacer valer mis derechos!

—¿Dónde están, cuáles son esos derechos?—exclamó Élia en tono de reconvencion.—¿Soy yo la que era? ¿No están entre nosotros el mundo, la opinion, la voluntad materna? Atrévete á venir á arrancarme al pié de los altares; atrévete á decirme: «Te privo de un bienestar tranquilo y constante, y te ofrezco en cambio la efímera felicidad del amor mundano»; atrévete á separarme de mi conviccion con la crueldad, con la que se arrancase á un niño del seno de su madre. ¡No, no! Abandona toda esperanza; estamos tan separados en la vida, como lo están el sol, que se rodea de brillo y ruido, y la luna, que busca el silencio y la noche. Sigue tu destino como una corriente vivaz y presurosa, y no quieras arrancar la débil florecilla que hallas á tu paso en la márgen, y que no podria unirse á esa corriente sin perecer en ella. Así, Cárlos... el que está ciego eres tú; cegado por una pasion, que esas sí ciegan, y no el incienso, como dices, que no hace mas que dirigir nuestros ojos hácia el cielo, al cual sube.

—¿Y por qué dices—exclamó Cárlos—que sea ciega mi pasion, Élia?

—Porque, Cárlos, todo lo que lleva á arrostrar la opinion y arrollar el órden establecido, es ciega pasion; y esa no guia bien, y debe ser guiada.

—¡Qué tranquila, qué serena, qué fria estás!—dijo Cárlos con despecho.

—Porque he orado, Cárlos.

—¡No me has amado nunca!—exclamó Cárlos,

cayendo en una silla y cubriendo con ambas manos su rostro bañado de lágrimas.

—¡Oh, sí! Te he querido y te quiero,—contestó Élia con voz suave y dulce.—Pero en este íntimo é infinito amor que te tengo, no hay presencia ni ausencia, presente, pasado ni futuro: el tiempo pasa sobre él como sobre la eternidad, sin alterarlo. Es un amor que no distrae de Dios el corazon, sino que lo identifica más con ese Dios, fuente y fin del amor perfecto. Es un amor que no teme la ingratitud, porque se da sin exigir correspondencia; es un amor inalterable, que se mezcla en las oraciones y se lleva consigo al cielo. Es un amor que en la noche terrestre brilla como una estrella de otras religiones, que se ama cual ellas sin querer asirlas, porque subirémos á ellas.

—¡Pero ese amor,—dijo Cárlos con desconsuelo,—ese amor que separa aquí á los que se aman, no da la felicidad, Élia!

—¿Y á qué llamas felicidad, Cárlos?—preguntó Élia.—Si es la paz que da la ausencia de todas las pasiones, el reposo de la conciencia; si es la suave calma que se disfruta cuando lo pasado no tiene remordimientos que roan, ni el porvenir temores que torturen; si se halla en una vida que tiene el sueño tranquilo y el despertar sereno; si la hay en esperar la muerte sin desearla ni temerla; si ésta es la felicidad verdadera y sin liga... la he comprendido, Cárlos, y la he hecho mia!

Cárlos, profundamente conmovido, destrozado el corazon, elevada el alma, echó su cabeza atras sobre el respaldo de su silla, se tapó los ojos con sus manos, y al traves de sus dedos rodaron gruesas lágrimas, miéntras su pecho se henchia agitado.

—¡Cárlos!—prosiguió Élia conmovida y en tono de súplica.—¡No me aflijas con tus lágrimas, no me inquietes con tu dolor! Ámame lo bastante para no perturbar mi tranquila felicidad; ven fuerte y generoso á unirte á mí en aquella altura, de la que yo contemplo los intereses y pasiones de la tierra. Esa altura, Cárlos, ¡harto lo he visto en el mundo! no la alcanzan el talento, el saber, el genio; la alcanza la Fe, aquella fe divina que llena el mar más vasto y halla cabida en el corazon más sencillo. No la alcanzaba D. Narciso, y la alcanzaba D. Benigno. En esa altura, Cárlos, ¡parece la vida tan corta! ¡tan mezquina!... ¡Es una nada con la eternidad! Y sin embargo, puede encerrar muchas lágrimas y preparar muchos remordimientos. Sólo en esa altura, Cárlas, se despoja de ignominia la que la heredó de sus padres, como los hijos de Adan la maldicion que él mereció. Allí se ve despojada de ella, como la mariposa que vuela en la atmósfera del sofocante capullo en que la crió la oruga. En esta altura, hermano mio, se está más léjos de la tierra, pero más cerca del cielo; del cielo,—repitió, levantando los ojos y los brazos hácia él con una santa y suave exaltacion;—allí... en donde se reunirán todos los corazo-

nes amantes en el amor celestial y perfecto, que es la bienaventuranza!

Élia, inspirada, llenos de santas lágrimas sus ojos, se presentó á la vista de Cárlos divina como una aparicion bajada de altas regiones, y pronta á volver á subir á ellas.

Conmovido, fascinado, arrastrado por un poderoso impulso comunicativo, Cárlos se postró, y apoyando su inclinada cabeza sobre los hierros de la reja, exclamó:

—¡Comprendo, por mi desgracia demasiado tarde, que en medio del torpe materialismo, que va invadiendo los espíritus, cual las crecientes olas de un diluvio universal, en que perecerán nuestras inteligencias, hay séres, cuyas almas arden como divinas antorchas en las tinieblas, como faros en la noche, que están tan elevados que los profana una pasion, y que sólo se deben amar sobre la tierra, como se aman los ángeles en el cielo!